

Seminario

GLOBALIZACIÓN Y POSTMODERNIDAD

*Introducción al pensamiento post-moderno
por Prof. Angel Plastino*

Facultad de Ciencias Económicas - UNLP
Secretaría de Posgrado
Mayo – Julio , 2005

CARTAS AL PROFESOR
(monográficas)

Aldo Hernán Alonso

Evocaciones y asociaciones al compás de la lectura de
Funes el memorioso (J.L. Borges),
El Hablador (M. Vargas Llosa) e
Ideas y Creencias (Ortega y Gasset)

oo0oo

La Plata, 24 de Junio de 2005.

Dr Angel Plastino:

Días atrás, más precisamente el viernes 17 de Junio de 2005, tuve ocasión de disfrutar en el Aeropuerto Jorge Newery, inesperadamente por cierto, de circunstancias posibilitadas por la demora que se registraba en los vuelos de esa mañana. Por un lado, el ocasional encuentro con un ex-alumno y desde hace largo tiempo, colega y amigo, permitió explayarnos, sin apuros inoportunos, en comentarios que dos por tres estaban referidos a interpretaciones de la realidad de nuestros días. Esas interpretaciones, compartidas en alta proporción (un disfrute no muy frecuente y en todo caso muy acotado por estos días), estaban referidas al universo (con minúsculas...) que a menudo referimos como post-modernidad o globalización entre otros términos cuyos significados comienzan a cobrar sentidos más precisos gracias al curso que Ud. nos ofrece.

Por el otro, me sorprendí a mí mismo respondiendo sin reparo alguno al impulso de saludar a Santiago Kovadloff, sentado cerca de donde yo estaba, naturalmente aguardando que la niebla se disipara y, también naturalmente, escribiendo... Claro está, le manifesté la satisfacción que me había deparado la lectura de *Ensayos de Intimidad*, su obra bastante reciente pero no la última (como me aclaró, ya que acaba de finalizar la que ya me he propuesto leer) y también, que éramos muchos los que nos sentíamos representados en su interpretación de la realidad universitaria de nuestros días, tan poco Universidad por tanta singularidad y subjetividad. Ello se había manifestado también en ocasión del curso por Ud. ofrecido, como pude referir al por entonces más apreciado Kovadloff en virtud de su particular modestia, algo que le permitía manifestar su complacencia ante los comentarios recibidos.

Fueron dos ocasiones casi simultáneas en las que temas abordados en el Seminario e informaciones recogidas en el mismo fueron evocados en términos de referencia convalidante o como fuente insospechada de datos traídos a colación. En ambos casos comprobaba que datos y referencias aportados en su transcurso se habían integrado a los que ya disponía conformando una representación más significativa de las realidades subyacentes

Con ese estado de ánimo, se me ocurrió expresar mis ideas en términos propios de una carta, un género manifiestamente menor de la literatura pero idóneo como medio de comunicación entre personas que reconocen algo en común, ya sea un tema, una preocupación, un sentimiento, etc. En este caso, claro, el género se convalida por el hecho innegable de la comunidad generada por el Seminario, que ha impulsado intercambios de apuntes, ofrecimientos recíprocos de textos con lecturas por Ud. indicadas y objeto de incontables referencias y conversaciones. Me permití pues habilitar este formato de *ensayo coloquial* al que atribuyo el gran poder des-inhibitorio que hace posible su exteriorización. Subrayando notas típicas del ensayo, con las que creo estamos todos de acuerdo en atribuir a una carta: una comunicación sin otras exigencias que las impuestas, en términos generales e implícitos, por la forma escrita de comunicación, concretamente, la de posibilitar una instancia de revisión o lectura del mensaje antes que el destinatario lo reciba (en versión hablada Ud. hubiese oído desatinos adicionales y más pobremente expuestos, de ser esto posible...). Y desde ya agradezco a Usted la posibilidad de elegir casi discrecionalmente la manera en que podíamos evidenciar algún aprovechamiento de las esclarecedoras exposiciones que acaba de ofrecernos. Ésta, la que he elegido, por promover una mayor osadía, podría resultarle menos previsible o tediosa.

No me atreví a manifestarle que era ésta una forma de “conversación por escrito” pues le sería evidente más bien lo contrario, esto es, una sin-versación (desatendiendo la raíz de la palabra...). Pero que me pone en contacto con el versado, estando implícita en el género *carta* la esperanza de una respuesta, un mero guiño de aprobación o desaprobación ante el intento de exhibir, meramente, algún aprovechamiento de su Seminario. Que tendría, imagino, la sugerencia de lecturas adicionales, ...otro motivo a favor.

Paso en consecuencia a contarle algunas evocaciones y asociaciones que reúnen en mi mundo de categorizaciones conceptuales, nociones y expresiones ofrecidos en el Curso (las mayúsculas no son casuales) con los que ya tenía *activados* (no sé si sabe que soy egresado de Ciencias Económicas...) en virtud de adquisiciones en otros cursos, en lecturas diversas, en debates y conversaciones como las del aeropuerto. Permítame también que las refiera en partes aparentemente desconectadas entre sí, pero hilvanadas por la pertenencia común a contenidos del Seminario, por sus comentarios, sus

reflexiones y por algunas de las lecturas que tuvo el acierto de indicar. Lo que viene a convalidar el sentido de cierta intimidad o de ámbito acotado propio de una carta.

La Plata, 25 de Junio de 2005.

Luego de revisar apuntes de clase que enmarcaran un primer abordaje a lecturas por Ud. sugeridas, me enfrenté con los contenidos de *Funes, el memorioso*, a través del cual Borges enseña impecablemente lo que puede significar pensar, saber, explicar, teorizar. La imprescindibilidad de la abstracción, un alejamiento de la realidad que paradójicamente posibilita su comprensión. Al respecto, ¡qué bueno eso de comprender que es perro tanto el mío, pequeño y enrulado, que el del vecino, grande y esquilado! El que me mira de frente y el que veo cuando se aleja...Son fotos diferentes que no encajan sino en un concepto abarcativo de tantas singularidades, en una abstracción que nos da ocasión de seguirle ganando a la computadora, como Ud. nos explicaba.

En ese sentido es que aclaramos a los alumnos que lo único que se puede enseñar es, precisamente, teoría. Que no es realidad, claro. En todo caso, una representación casi caricaturesca, en el sentido que toma aquello más característico o significativo como expresión de identidad.

¡Cómo no recordar lo que tengo adquirido desde el primer año de la Facultad, durante el curso de Introducción Filosófica a la Economía que nos remitía a la lectura del libro de Walter Eucken que nos enseñó, para siempre, que la ciencia (en nuestro caso Economía), era una “abstracción generalizadora que destaca puntos concretos”, definición seguramente subrayada con el lápiz que en mi caso debe acompañar toda lectura para asegurar – o pretender al menos- que lo leído queda registrado en la memoria a partir de una lectura más comprometida.

¡Qué falta le estaba haciendo a Funes quedarse sólo con algunos puntos significativos de lo que observaba y recordaba!. Perder mucha información sobre lo particular para ganar comprensión sobre *toda* la información.

Ese acordarse de la realidad observada sin poder reflejarla en categorías conceptuales, abstractas, genéricas, expresables simbólicamente quizás, es también lo que le pasa a los “estudiantes Funes”, los estudiantes memoriosos, que reproducen una y otra

vez lo que leyeron y recordaron, pero que no pueden asociarlo con lo que se lee en otro capítulo pues aquí las palabras son distintas y el gráfico también... Que los pueden recordar y entonces repetir, pero no pueden sintetizarlos en una página pues esos dos capítulos requieren de 25 páginas como, eso sí, podrían demostrar...

Del mismo modo cabe preguntarnos cómo podríamos nosotros, los que asistimos al Curso, formarnos una idea significativa de la evolución del hombre y lo que llamamos universo a través de un *verso único* al que se lo interpreta en el curso de cinco clases (prorrogadas, afortunadamente) sin la capacidad sintetizadora de un profesor que nos permite acceder a dicha comprensión (aunque sea una de las comprensiones posibles) con tamaña *economía* de tiempo y esfuerzo (**otra** buena razón para que se dicte en Económicas, dedicada a la optimización del uso de recursos escasos...). Qué tremendo abismo con lo que nos podría transmitir Funes...!!!

Así que, interpretando que pueden darse muy diferentes maneras de sintetizar, de recrear en términos abstractos y por ende generales, tan vasta realidad (expresión genérica de infinitas realidades), agradezco yo como seguramente todos los demás cursantes, su particular capacidad para hacerlo de manera tan amena y eficaz.

o0oo0oo0o

La Plata, 29 de Junio de 2005.

Al retomar mi escritura, reparo que estoy tratando de exhibir, en grado incipiente, ese carácter o rasgo del conocimiento científico que posibilita su crecimiento (sin que por descuido siquiera atribuya aquella calidad a estas meras reflexiones): su carácter acumulativo (que expusiera, para mí clarívidentemente, Jaim Echeverry en una nota firmada en La Nación). Y que según interpreté en una clase del Seminario, era precisamente de lo que adolecía la técnica del artesano, tan útil como que se ganaba la vida con ello, pero que no se podía desprender de él, no se podía transferir y, menos, multiplicar...

Esta carta me permite confesar que disfruto de lograr asociaciones de ideas o conceptos, de engarzar ideas, propias o ajenas, no importa eso, en la arquitectura de *mi* razonamiento. En síntesis, de sumar ideas, conceptos, nociones, más términos de integración que de mera superposición.

En ese sentido es que me siento en ventaja respecto de Funes, pobre. El podía sumar fotografías para seguir teniendo fotografías exclusivamente. Me lo imagino buscando alguna utilidad al teléfono, a la radio, a un mero diálogo...

o0oo0oo0o

La Plata, 30 de Junio de 2005

Luego de obligada interrupción, reparo en ese otro hilo capaz de hilvanar múltiples fotografías, escenarios y conceptos, que nos fuera ofrecido por Ud. al referirnos los avances de la técnica (con ayuda de la tecnología, no?) y sus saltos fundamentales, capaces de signar etapas significativas en el curso continuo de la historia del hombre. Al hacerlo, evoco y agrego significado a lo que me aconteciera hace tiempo según le cuento a continuación.

Resulta que una vez, durante un curso que yo dictaba en la ciudad de Azul, un asistente al mismo me hizo reflexionar en respuesta a su pregunta sobre impactos dominantes de la técnica, tanto por incidencia en competitividad empresaria como por factor de dominación política (reconozco hoy, por comentarios en clase del 7 de Junio, que quizás mal usé la expresión tecnología en esa ocasión...).

Ocurre que, a la luz de consecuencias derivadas de un avance que se aprecia tan incontenible como aparentemente ingobernado (uno observa que su progreso y expansión continúa sin descanso a pesar de una larga lista de negatividades que se podría asignar a la técnica como causal más relevante), dije con énfasis pero sin mayor fundamentación en ese momento que “ciertas criaturas del hombre se están comiendo al hombre”. Quiso el azar que la pregunta que mereció esa respuesta fuera la de un periodista del medio, razón por la cual pudo figurar en primera plana del diario local. Y que dos días después fuera el tema de una editorial, donde se hacía eco de la necesidad aparente de filtros para controlar algunos impactos indeseados.

Pareciera en efecto que sólo un mecanismo sin control por parte del hombre puede hacer posible los fantásticos logros que hoy nos maravillan y, simultáneamente, sea el causante, real o aparente al menos, de tanto desempleo, de tan inmensa destrucción de valor en términos ambientales, de una concentración de riqueza y poder que equipara, y supera muchas veces, el PBI de un país o países enteros confundiendo mecanismos

institucionales formales, de disputas que se dirimen muchas veces en guerras que cuestan miles de vidas (hoy cruzamos los dedos al escuchar el “diálogo” coreano-norteamericano, aunque no pareciera posible el asumir el costo de una confrontación bélica), de una caída de la demanda efectiva en relación a la oferta potencial que trae reiteradamente a nuestra mente a las vituperadas conclusiones que ofreciera hace ya mucho tiempo C. Marx, pero también J. Schumpeter cuando repara en los efectos inevitablemente negativos de la separación entre economía y sociedad.

¿ Puede que intereses particulares (de corporaciones, de *lobbys* impulsados por intereses privados, etc.) superen la resistencia de un interés general manifiesto no obstante las voces que reclaman, ante tanta destrucción, algo más que la mera calificación de “efectos no deseados” ? ¿Es que hay hoy algo parecido a aquello que motivara el reclamo de Rousseau, que pretendía poner al hombre dentro de un orden que armonizara su existencia con la naturaleza y con la razón para posibilitarle escapar de la confusión y del caos que él mismo creara? Precisamente, una cita de Alain Touraine, muy a mano, me recuerda que ese mismo autor entendía que algo así era el fin de la educación: “ formar un ser natural, bueno, razonable y capaz de sociabilidad” según ideas expuestas en el Emilio (o de la Educación). Lo decía en son de crítica a la modernidad... qué no diría en la post-modernidad...!!! Lo que Rousseau reclamaba, según lo entiende Touraine, era la necesidad de recurrir al orden contra el desorden, a la naturaleza y a la comunidad frente a un interés individual desorbitado, pero lo pretendía como triunfo de la razón, no por designio de un Dios en época inmediata anterior o por mitos y creencias en otra más antigua, según estamos recordando en este Seminario.

Si lo que observamos es fruto del imperio de la razón desplazando mitos, magia y endiosamientos o señoríos todopoderosos, ¿qué recurso nos queda por invocar para seguir esperanzados y no rendirnos ante tamaño desencanto?.

Hemos escuchado en el Seminario que decisiones, creencias, mitos de “grandes grupos” han sido útiles, han servido funcionalmente al interés superior de la especie: su preservación y crecimiento. Entiendo que las propuestas y las acciones fundadas en la razón también han debido ser, y continuarán siendo, funcionales a ese fin..., lo que me hace preguntar, quizás ingenuamente: ¿por dónde y bajo qué figura aparecerá esa fundamentación? Es acaso que nos estamos acercando peligrosamente al límite de la

población mundial que hoy puede ser alimentada cuando *apenas* somos unos 6.500 millones sobre la tierra? Es acaso esta realidad la que asume un post-modernismo que comienza a aceptar casamientos incapaces de procrear (de manera natural, atajémonos), que enarbola banderas de distintos colores (del petróleo, del islamismo, de razas en particular) para arremeter sin otros fundamentos sobre poblaciones millonarias en número (o civilizaciones enteras como lo entiende Huntington) ?

Una de dos: aquella mi respuesta tan espontánea contiene algo de verdad y algún mecanismo artificial, un hecho del hombre que opere de control se hace necesario para preservar la especie, o algún servomecanismo ya está funcionando sin que seamos concientes del mismo ...¿no le parece, doctor?.

En estos momentos, en que estoy leyendo capítulos iniciales de El Hablador, ya me siento en la piel de *los michigangas* que asistían sin comprender al desmoronamiento de “su” civilización no obstante alertas como las ofrecidas por el aparentemente convincente discurso de *Mascarita* . Le contaré más adelante cómo me ubico ante un desenlace que Ud. ya conoce pero que por el momento a mí me está prometiendo, nada más, la posibilidad de una alternativa a la respuesta que evoco en este párrafo.

o0oo0oo0o

Cochabamba, 5 de Julio de 2005

Ya pasada la medianoche y cuando sólo han transcurrido minutos de este día, he concluido la lectura de *El Hablador* de Vargas Llosa. Me llevó varios momentos de otros tantos días atento interrupciones obligadas por el traslado desde La Plata y las actividades que aquí debo cumplir. Pero ha sido de gran beneficio que parte de esa lectura transcurriera en un ámbito que facilita la comprensión de *universos* como el descrito por Vargas Llosa (y porqué se los escribe con minúsculas...). Porque aquí también se percibe un idioma que no entendemos (el quechua o el aymara), personajes que nos escuchan sin comprendernos aunque no se animan a confesarlo mientras sonrían en actitud amistosa, que cocinan y comen en la vía pública sin que nuestra presencia les incomode (como si no nos tomaran en cuenta por no modificarles su circunstancia), que demuestran en lo que visten y en la forma que conducen a sus hijos que la moda, la televisión y los

shoppings no les alcanza...Que en consecuencia escapan a la fábrica de homogeneidad que Ud., Dr. Plastino, nos ha ayudado a identificar en esto que llamamos globalización (por una visión propia de los economistas –científicos sociales), destruyendo la característica heterogeneidad de tiempo atrás, que facilitaba la identificación y pertenencia a una determinada comunidad o grupo. En efecto, parecen uniformados ...por y para diferenciarse de nosotros, mantienen una relación muy estrecha y seguramente más armoniosa con el medio ambiente (como que la *pacha mama* aún recibe ofrendas y el resto de los alimentos servidos y no consumidos en una actitud de reintegro para favorecer la satisfacción de futuras necesidades...). Es inevitable apreciar en ellos el conflicto que, según entiendo, es el tema dominante en El Hablador: el del implícito análisis costo-beneficio para una comunidad que por un lado se ve invadida, contagiada y trasculturizada , obligada a participar de un juego con reglas que les resultan ajenas y a-funcionales en términos de sus propios objetivos vitales y, por el otro, atraída por cosas que los “invasores” ofrecen y que de a poco aprenden a apreciar. El proceso se cataliza, por un lado, con la ayuda de *avanzados* de su propia comunidad (sin la mala conciencia de Mascarita...); por el otro, por la actividad de los portadores, *marketineros* y vendedores de la cultura invasora, que les ofrecen (como antes vidrios de colores quizás...), el walkman, la radio, el celular (es increíble la cantidad de usuarios en Bolivia...), la televisión, los utensilios y herramientas que facilitan todo tipo de tareas y.....lo que parece ser definitivamente más poderoso por su “amplio espectro”: la posibilidad de acceder a algo de dinero, una llave que abriría un mundo de fantasías y placeres de todo tipo (una nativa de 23 años, que no puede expresarse en español y exhibe muy escasas destrezas en quehaceres cotidianos, me ha manifestado su deseo de ir a España para trabajar allí...).

Así he creído entender (no me animo a plagiar a V. Llosa que reiterada y muy intencionadamente expresa “Eso es, al menos, lo que yo he sabido”, no obstante entenderlo pertinente en este caso también. La lectura me pareció muy pertinente para comprender el universo mítico-mágico que tan bien Ud. refiriera en sus clases y de su funcionalidad dado el medio ambiente en que vivían. Le confieso, de paso y casi en privado, que también me resultó algo pesada en partes cuando el autor se extiende en relatos fantásticos con personajes de nombres difíciles de recordar, capaces de

transformaciones tan mágicas como distantes de nuestra aceptación aún en términos de novela (por eso debe ser que disponiendo del libro en mi propia casa, carecí siempre de la motivación inteligente que su seminario me proporcionó para superar esos “inconvenientes”).

La lectura que aquí evoco me confirma que el hombre siempre ha recurrido, consciente o inconscientemente, a la aceptación de seres superiores para lograr el dominio de otras voluntades, para inducir ciertas actitudes o directamente para facilitar la imposición de un orden determinado. También para promover la aceptación de normas morales que traducidas como virtudes, resultan funcionales a la satisfacción de objetivos superiores o vitales, como resulta para la humanidad la preservación de la especie o, en términos de universos (con minúsculas...), de la comunidad de que se trate. Y se entiende, como Usted nos anticipó, que para los *machiguengas* haya sido muy útil –esencial- la creencia de la existencia de los buenos *seripigaris* (emblematizados por *Tasurinchi*), capaces de sustraer de la confusión a los miembros de sus comunidades y de tolerar sin impacientarse las pruebas a las que nos vemos sometidos. La confusión era lo peor según el credo *machiguenga*, y la necesaria sabiduría para superarla, no era para ellos un “bien público”, algo que entre ellos como entre nosotros se pueda entender patrimonio de todos, sino de sabios (como lo entendieron los griegos y parece que olvidamos nosotros...), de interlocutores con espíritus de poder, con dioses, hechiceros o como se llamen estos salvadores de la confusión. Los *habladores* habrán tenido, seguro, esa alta misión de ayudar a mantener cohesionada una comunidad con aceptación de hábitos y creencias que les eran fundamentales para no desaparecer.

Entre los *machiguengas*, la virtud proclamada por los *seripigaris* se plantea también en términos de permanente lucha con el mal, con los diablillos *soplados* por maléficos *machikanaris*, brujos capaces de todo tipo de daños en caso de comportamientos apartados del ‘orden natural’ (el entretildado pretende ser significativo), castigos esos de los que disfrutaba *Kientibakori*, el amo de los demonios. Un planteo dialéctico entre bien-mal, cielo-infierno, Dios y Lucifer, recursos que como los cordones de la acera parecen imprescindibles para orientar un deslizamiento correcto.

Esa reiterada oposición entre lo que está bien y lo que está mal, sin sospechar que esa apreciación es una construcción tan válida en unos como en otros (evocación de la

clase donde se abordó la construcción del YO siguiendo a Lacan) conduce irremisiblemente al intento de imponer la visión propia. En defensa de la misma, “la correcta”, se acude a la fuerza disponible y a la de los espíritus o poderes imaginarios que la cultura admita.

No hace falta más que actualizar algunos datos para ver replanteada en nuestros días la antinomia *machiguengas-varicochas*, universos que no obstante ocasionales y alternadas supremacías, se aceptan como participantes de una misma liga.

El problema se agudiza y asume características de catástrofe cuando el oponente es de otra categoría como asume, con desenlace descontado, el visceral Saúl *Mascarita* Zuratas de la misma manera que muchos hoy aprecian los enfrentamientos en tierra boliviana, en el mundo islámico o los habitantes del pueblo del interior que se intenta conectar a la urbe con una autopista. Como en este último caso se anticipa, la autopista resultará más eficiente para salir del pueblo y pasar a convivir con los males y las buenas del centro que para filtrar las ventajas de éste sin dejar de ser pueblerinos, esto es, manteniendo calidad de vida y valores idiosincrásicos de esta comunidad. Eso que para el pueblo *michiganga* representaban sus “usos y sus mitos, su paisaje y sus dioses”, “su animismo y su magia”, el rol de sus hechiceros. Lo “había aprendido” Mascarita en observación directa con la realidad y **no discutía planteos abstractos**. Podía anticipar entonces el proceso y el desenlace que seguiría a la presencia de misioneros, religiosos, investigadores del Instituto Lingüístico, antropólogos y lingüistas: la desaparición de una cultura.

Una cultura que debiera respetarse porque “ser así los ha ayudado a vivir cientos de años, en armonía con sus bosque” hace decir el autor a *Mascarita* en la página 28 del texto publicado por Seix Baral (Biblioteca Breve, Santiago de Chile). Y continúa, “porque no entendamos sus creencias y algunas de sus costumbres nos duelan, no tenemos derecho a acabar con ellos”. ¿No se parece esto a lo que parecen reivindicar los pueblos indigenistas de donde sea que vivan?

Habiendo entendido los términos antinómicos ofrecidos por la novela, me parece obvio que la globalización está multiplicando estos enfrentamientos. Antes, el conflicto se expresaba a través de la imagen del pastorcito jujeño representando su rutinario papel ante las cabras a su cuidado pero, al mismo tiempo, trasladado a miles de kilómetros por

obra y gracia de la *Spica* que sostenía apoyada en su oreja. Hoy, es la TV y sus programas, la música (“los malos” encarnados en la cumbia villera o rock trasnacional, según el observador). ¿Qué cambia, salvo la dimensión de la exposición por un lado y la capacidad avasallante de la fuerza de desembarco?.

Quizás el gran problema, la gran confusión, deviene de haber cambiado la creencia en seres superiores, cuya voluntad debía aceptarse, por la creencia en la razón, en los pensamientos o planteos abstractos que evitaba Mascarita...En efecto, parece que asistimos al gran fracaso del intento por construir una sociedad racionalizada, porque en lugar de un Contrato Social que lo garantice vivimos un mundo plagado de conflictos y enfrentamientos. “Al menos, eso es lo que he aprendido”...

Hoy he visto (ya es 10 de julio) un muy buen programa de la TV española (por instantes la TV parece poder reivindicarse) en el que escuché a Miguel Delibes, premio Cervantes de Novela diciendo, al autoproclamarse enamorado de la caza, que él como verdadero cazador y por ende comprensivo y respetuoso de la naturaleza que proporciona las presas, toma el sobrante de la naturaleza o lo que sería parecido, lo que estrictamente necesita. Como vienen haciendo los verdaderos *cazadores* desde el paleolítico... Justamente lo que reivindicaba *Mascarita* ante la pesca al por mayor con explosivos, “dinamita que pulveriza día y noche los bancos de peces”...

El mismo Delibes se mostraba luego, al continuar el programa, *confundido* también él, ante la irrupción de hechos que provocan desasosiego. Y asignaba profunda repercusión al rol de la TV que ha sustituido a los abuelos, que eran los que antes contaban las historias a los nietos (rol de *hablador*, ¿no?). Como el abuelo ha sido desplazado, también él se pone a ver TV, contribuyendo a la aceleración del proceso...

El tema fue ocasionalmente abordado en ocasión de un almuerzo con el Rector de la Universidad del Valle en este país, quien apreciaba la necesidad de preservar hábitos, tradiciones y valores que se entienden vitales para el pueblo boliviano. Pero...cuál es la variable controlable y eficiente? Lo era acaso quitarle la *Spica* al pastorcito? Lo sería la incautación de los receptores de radio y de televisión? Imponer trabas al desplazamiento de los ciudadanos al estilo Castro en Cuba?. ¿Hubiese acaso sido mejor para el serranito que baldeaba con aserrín el piso del Bar Palermo quedarse en su hábitat en vez de parecer un *zombie* o una caricatura en el nuevo medio por obra y gracia de un trasplante más

parecido a una condena que una mejora en su situación? En su propio medio, estaría resguardado por “la buena inteligencia con el mundo en el que esas culturas vivían inmersas. Esa sabiduría , nacida de una práctica antiquísima, que les había permitido, a través de un elaborado sistema de ritos , prohibiciones, temores, rutinas, repetidos y transmitidos de padres a hijos, preservar aquella Naturaleza de la que dependían para subsistir” (pag.29). Transcribo otros renglones porque evocan con justeza lo que Usted Doctor nos comentó “habían sobrevivido porque sus usos y costumbres se habían plegado dócilmente a los ritmos y exigencias del mundo natural, sin violentarlo ni trastocarlo profundamente, apenas lo indispensable para no ser destruidas por él. Todo lo contrario de los que estábamos haciendo los civilizados”. Qué bien dicho, no?, y de paso queda expuesto lo que también Usted nos anticipaba: el hombre adapta la naturaleza a sus necesidades, mientras que nuestros antecesores (en un 98 % al menos...), se adaptaban a ella.

Como quiera que sea, somos partícipes de una evolución determinista según criterio darwiniano. O sea que *Margarita* pudo ser uno de los últimos *habladores* y como los Schneil en Nueva Luz ya se habrán multiplicado y su influencia magnificada por los recursos técnicos disponibles por éstos (y no por los por otros), la poderosa cultura del progreso y la modernidad habrá terminado con esas resistencias. .

Entonces qué hacer? Porque al igual que los *machiguengas* y Delibes, la confusión pareciera ganarnos. Si bien entendemos que “la pulsión superior” que guía al hombre hacia su destino terminará imponiendo lo que corresponda en términos de selección natural, nos pasamos añorando valores del pasado (estos días he recibido, como tantos gracias a internet, un mail bajo el título de Utopía que invita a la resistencia frente a tanto “desvalor”). Ciertamente, nos confunde que el progreso venga asociado a “desubicados” *piercings*, a películas y revistas que ya estoy creyendo editadas por *Kientibakori*, al desprecio con que se trata a mayores y prójimo en general, a la interminable saga de noticias informando sobre catástrofes (no se estarán enojando los dioses...?), o que se gastan 17.000 millones de dólares en alimentos para mascotas mientras no se destinan 13.000 millones de dólares también anuales para erradicar la pobreza en el mundo (según El País del día 2 de Julio del 2005), o aquella por la que nos enteramos de la habilitación de los casamientos entre *gays* (al respecto soy *Mascarita*

asumido), de alumnos que golpean a sus maestros o de escolares que asesinan a sus compañeros, etc. etc. ...: No será que nos están faltando creencias en Dios o en dioses, en brujos o *habladores*, en algún mecanismo (racional?) que nos re-encauce en la racionalidad y libertad al servicio de fines mediatos y superiores en términos del conjunto?

En el diálogo con el antes aludido señor Rector, a quien pude comentarle mis hallazgos en el curso que Ud. nos está ofreciendo, surgió la pregunta sobre porqué no se presta mayor atención a la probablemente más eficaz y eficiente herramienta para controlar los impactos negativos que puede generar, como efectos específicamente no deseados (pero tampoco controlados...) el anhelado desarrollo y su inseparable facilitador y posibilitador, esto es, la innovación técnica. Ese medio capaz de darle finalidad virtuosa al avance técnico no parece ser otro que una mejor educación, una mejor formación que provea capacidad de discernimiento atendiendo el potencial de aprendizaje de que hemos sido dotados desde los primeros instantes de la vida. No obstante...¿tiene sentido la educación que *nosotros* estamos pretendiendo? ¿No será el presente fruto de esa educación que hoy estamos implorando?

Por lo pronto, en un mundo de constatables abundancias es evidente la carencia de maestros, de modelos, y de procesos de calidad educativa según parámetros vigentes aún. Si hasta las pomposas reformas educativas se instrumentan sin previa adecuada formación de los docentes (necesariamente una re-formación que incluya los avances que pudieran haberse registrado, los nuevos contenidos, los recursos técnicos *aggiornados*, el *empowerment* de capacidades didáctico-pedagógicas, del mejor desempeño de roles de facilitadores y motivadores para la adquisición de conocimientos y destrezas actualizados.

Al respecto, podría también darse en Educación lo que siempre se evidencia en nuestro medio (y en otros parecidos): que el problema se *minimice* en proporción tal que habilite la mediocre noción que ve la solución en un mayor presupuesto, nada menos pero nada más....“Mayor gasto, mejor educación” parece ser la consigna, no obstante responsables estudios que comprueban nuestra sospecha. Tengo a mano varios de esos estudios, que con generalidad demandan algo más que aportar dinero y esperar el milagro. Sin negar la obvia necesidad de un mayor aporte a esta finalidad, como ocurre

también con otras, ese mayor esfuerzo debiera ir de la mano de incentivos para el reclutamiento y mantenimiento de los mejores docentes y de la captación del interés de los mejor dotados por una misión de trascendencia imposible de exagerar. La mayor calidad en la educación se correlaciona positivamente con la mejor performance posterior de los educandos, tanto en carreras de postgrado, en laboratorios de investigación como en carreras laborales.

Para concluir, la provocativa lectura que nos fuera indicada ha mejorado en mucho mi comprensión sobre el rol del animismo, de los mitos y creencias en el universo mágico y mágico-mítico de los *homo sapiens sapiens* primitivos, como asimismo en los niños durante sus primeros años y, adicionalmente, de costumbres, hábitos y tradiciones en algunas comunidades contemporáneas.

Adicionalmente, ha reforzado una íntima convicción (que precedía a la lectura) a través de la *ocurrencia* que en ella se funda: que profesores, maestros y científicos, políticos y periodistas debieran ser más los nombres actuales de los *habladores machiguengas*, defensores de los valores vitales de su comunidad, y menos de los habladores de nuestra época.

Bueno Doctor, me he ido un poco del libro, pero ha sido gracias al libro. Éste queda absuelto de toda responsabilidad, no obstante, por los pobremente fundamentados comentarios que ensayo en esta comunicación.

A continuación me abocaré a la lectura de Ideas y Creencias , otro texto que nos sugiriera, y que me provoca por lo que Ud. nos ha anticipado y por alguna lectura –escasa- que de O y G he hecho anteriormente. Hasta los próximos comentarios.

o0o0o0o

Cochabamba, 14 de Julio de 2005.

Acabo de concluir la lectura de Ideas y Creencias y otra vez me toca agradecer su invitación a hacerlo. También a este respecto deseo hacerle llegar algunos comentarios como evocaciones y asociaciones generadas durante esa experiencia en lugar de una referencia inmediata, monográfica, sobre la lectura, en el ya confesado entendimiento de que le puedo evitar a Ud. el transitar por caminos ya muy repetidamente recorridos (sin estar seguro que la senda propuesta le resulte mejor...). Naturalmente, no he intentado de

esta manera evitarme yo mismo una atenta lectura. De ella tomé las notas que adjunto con el sólo propósito de poder evidenciarlo ante Ud., además de así tenerlo a mano para rememorar la lectura cuando, en otro momento, sienta la necesidad o deseo de hacerlo. O cuando quiera aproximar alguno de mis hijos a la amena temática de OyG.

Y, claro está, esta lectura promueve una revisión de todo lo que antes comenté y que no intento pues no dispongo del tiempo necesario, además de reconocer que me pasaría lo mismo que le escuché a García Márquez cuando dijo que cualquier obra que él haya escrito ha sido concluida por el editor ya que él, al re-leerla, siempre encuentra motivos para modificarla (si me pasa a mí, puedo imaginar en qué fantástica medida puede García Márquez imaginar otras combinaciones o situaciones).

Así que un inminente nuevo traslado funciona para mí como el editor que pone límite definido a una construcción que, como dice el gran Gabo, está siempre inconclusa, sin acabar, en borrador, esperando la ocasión de revisarla. Igual que la vida que vamos haciendo sin sospechar que ya no volvemos a la misma situación pues yo ya no soy el mismo (el que aprendió) y puedo entonces cometer otro error.

Menos mal que, ayudados por OyG, nos enfundamos en esa “virtud” del error: por reconocerlo, avanzamos hacia otra y superior situación o circunstancial “verdad”. Con este idea in mente, en la clase de anoche promovía las respuestas de mis alumnos ante las disyuntivas y casos que les presentaba. Una forma de admitir la equivocación y entonces participar en la construcción del conocimiento de manera activa. Evitando esa pasiva actitud de ver cómo lo resuelven otros para entonces recordarlo, una actitud semejante a la del recordado Funes, aquél de la memoria prodigiosa, mucho más testigo que protagonista...

Tampoco puedo evitar reunir en el mundo de las ideas que OyG tan bien define, el desasosiego creado por la confusión de los *machigengas* (en El Hablador), un estado al que caían en virtud de haber perdido la sabiduría por no saber escuchar, por haber “dejado de andar”, por haber equivocado y haber hecho lo que no se debía, con el desasosiego, el azoramiento de la época en que se sitúa OyG. Según éste, colijo que el problema nuestro tiene mucho que ver con la carencia de todo aquello que nos permitía años atrás vivir una vida que hoy recordamos con nostalgia. Ese marco que nos permitía actuar sin miedo o sospechas, se configuraba con una dosis mucho más importante de

ideas-creencias, de Fe, de valores que se compadecían de nuestra esencial condición de herederos de lo hecho por otros hombres, por nuestros abuelos y por nuestros padres.

Si bien un poco olvidado yo que la tierra en que hoy creemos es también una mera representación a la que sumo las propias de los mundos interiores de que participo, entiendo sí que podamos sentirnos a-terrados por ausencia de una tierra como aquella en la que hemos creído: una que si bien se mueve, que cambia, que la vemos desde miles de kilómetros como tierra-astro, que es otra cosa con la que nos topamos, resulta ser mucho menos firme y más vulnerable ante lo que los hombres hacemos EN ella, porque entendemos que también lo estamos haciendo CON ella. Y empezamos a dudar: ¿será que el aumento de calor lo estamos provocando nosotros? ¿no serán los satélites los que provocan cambios en el equilibrio perdido? ¿no será el desconcierto que provocan al unísono la pobreza, las guerras, el terrorismo, la drogadicción y otras terribles manifestaciones demostraciones palmarias de una incorrecta interpretación de la realidad en que estamos ?

o0oo0oo0o

La Paz, 18 de Julio de 2005

Finalicé la anterior con la sensación de enfrentar un escenario en el cual estamos dejando de *creer* en cosas que antes no constituían cuestiones, sobre las que no necesitábamos pensar. Así estaríamos comenzando a recorrer el camino desde las ideas-creencias hacia las ideas-ocurrencias , generando esa sensación de caída, una caída libre sin podernos asir a nada que nos detenga pues todo se mueve. Es eso la post-modernidad, doctor? Un sentirnos inmersos en el “mar de dudas” en lugar de desplazarnos por la tierra firme que nos habíamos inventado?

Si es así, yo también quiero que la *panne* en que está la comunidad encuentre el que “entienda de la cosa”, como reclama OyG, para así devolvernos tranquilidad. Claro que también comprendo lo difícil que resultará encontrar y darle confianza al que esté en condiciones de proseguir “el viaje” sin los actuales sobresaltos...Tanto en el plano global como el de fronteras adentro (un eufemismo sin sentido en tiempos la globalización) no logramos dar con el “entendido” a que alude OyG, porque parece hoy más que nunca, que no sabemos bien cuál es nuestro destino, para qué hacemos las cosas que hacemos, la teleología de nuestros actos, el aparente nihilismo de tanto tiempo dedicado a la

inconsciencia merced a la gran ayuda del alcohol y otros alucinógenos, a solazarnos cuando alguien deliberadamente provoca el accidente del prójimo (un igual nuestro...), al descubrimiento de nuevas trampas para cazar hombre, etc., etc.

Creemos menos en Dios, la familia no es entendida como necesaria polea transmisora de vida y de tradiciones, de valores, de cultura al fin.

Salvo quizás para darnos cuenta de algún error, esta crisis o desorden no parece buena para nada. Hemos hecho la salvedad gracias a OyG, que nos enseña el lado bueno del error. Entonces podemos empeñarnos en idear nuevos mundos que se expresen en un orden superior, una renovada fe, una nueva creencia.

El mismo OyG nos aclara que es condición de toda causa no parecerse nada a su efecto, como erróneamente suponía por error la interpretación mágica del mundo. No anticipemos pues, en un efecto aún desconocido, las notas características de lo que hoy apreciamos...

Necesitamos creer en algo así. En que la fuerte pulsión que mueve a todo acontecer humano finalmente se imponga, aunque sin evitar apartamientos de lo que sería una trayectoria en línea recta, encausando al hombre y sus comportamientos de manera tal que sus actos no contradigan su preservación como *homo sapiens-sapiens*.

Al respecto, el “mundo imaginario”, el del pensamiento, ya ha comenzado a trazar nuevas interpretaciones de la realidad, precisamente apartándose del pensamiento lineal, mecanicista o positivista, determinista. Y comienza a interpretar al mundo desde un nuevo ordenamiento de ideas que posibiliten abarcar toda la aparente confusión o desorden como lo que resulta en función de creencias aún vigentes: *un caos*. Son ideas como las de I. Prigogine los prolegómenos de una nueva cosmovisión?

Doctor: se dará Ud. cuenta cuánto necesito de sus próximas clases...

Le agradezco mucho lo hasta ahora ofrecido y quedo a la espera de sus próximas clases. Muy atentamente,

Aldo Alonso

PD/ He releído lo escrito y me cuesta bastante ponerlo a su consideración. Estoy seguro de necesitar “otra chance”. No obstante, no quiero dejarle en la duda: por haber entendido que “la fe en el intelecto, en la inteligencia, no debe confundirse con creer en lo que esa inteligencia fragua, en las ideas que se le ocurren” (OyG), dudaré un poco más sobre aquello de “ciertas criaturas del hombre se están comiendo al hombre”... salvo para expresar el aparente descontrol de la técnica en una época determinada.